

ESPAÑA: SEGURIDAD, DEFENSA Y LA OTAN

Por MARIANO AGUIRRE

La palabra *seguridad* designa la situación de una nación que está protegida de la destrucción o agresión extranjera ¹. La *Defensa*, por lo tanto, entendida en un sentido amplio, es el factor que debe conservar las estructuras políticas, jurídicas y económicas. O, dicho de otra forma, debe preservar los elementos constitucionales (en el sentido de configuración) del Estado: el territorio, el pueblo, y el poder organizado y soberano ². Tomando en cuenta la seguridad en relación con las armas nucleares, Emma Rothschild dice que los objetivos de una política de seguridad son: a) minimizar las posibilidades de ser atacado; b) maximizar las posibilidades de ganar una guerra eventual; c) lograr, a través de políticas de seguridad, objetivos políticos, sociales, o diplomáticos ³. Las armas nucleares han puesto en cuestión una seguridad que se fundamente en una defensa que cuenta la posible utilización de las mismas, especialmente porque si uno de los elementos constitucionales del Estado a defender son los ciudadanos (el pueblo), existe ya una abultada bibliografía y muchas declaraciones en el sentido de señalar a las armas nucleares como un atentado potencial a la humanidad, y su utilización como un crimen. Cuestión que gana en actualidad cuando la disuasión nuclear se halla en crisis gracias al perfeccionamiento de los arsenales y la búsqueda de una capacidad de *primer golpe*.

¹ BUCHAN A. y MACKINSTOSCH M.: «Seguridad», en *Marxismo y democracia. Enciclopedia de conceptos básicos*, volumen 7 de la serie Política, Ediciones Rioduero, Madrid, 1975.

² BOBBIO N. y MATTEUCCI N.: *Diccionario de Política, Siglo XXI editores, Madrid, 1981*.

³ ROTHSCHILD E., «Common Security and Deterrence», en *Policies for Common Security*, Taylor & Francis, Londres y Filadelfia, 1985.

El debate acerca de la OTAN y España adolece de varias cuestiones muy importantes que, sin embargo, casi nunca se discuten. Una de ellas es la seguridad, y a eso se debe que hayamos comenzado con la relación entre ésta y la Defensa. Se habla de seguridad, pero como una abstracción. La Defensa, por otra parte, parece más definida —si uno sigue día a día los discursos oficiales— en función de criterios de rentabilidad económica que en una real necesidad de defenderse de alguien o de algo. Sin embargo, en España no hay un debate serio sobre qué Defensa y para disuadir a qué país o enemigo real o potencial. Se dice que existen dos escenarios, uno compartido con los aliados de la OTAN, que sería un conflicto con el Pacto de Varsovia y, otro propio, en torno a la posible reivindicación violenta que un día pudiera hacer Marruecos de Ceuta y Melilla. En el primer caso, la información, debate, y explicaciones sobre el Pacto de Varsovia y, fundamentalmente, las intenciones, estrategias, capacidades, de la URSS son territorio desconocido. Prácticamente no existen libros sobre el tema, en la Universidad el estudio de la URSS es algo insólito, y la prensa y los políticos se sienten obligados a tratar el tema con la necesaria distancia como para que nadie los acuse de prosoviéticos. Se produce, así, un curioso e inquietante fenómeno de censura macartista: siendo la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia, la encarnación del peligro «compartido» con los aliados —y siendo la máxima amenaza para la humanidad civilizada, si seguimos la línea de pensamiento de los nuevos teóricos de la guerra fría como Agnes Heller, Edgar Morin, y André Glucksmann—, resulta inexplicable que no se estudie a ese enemigo diabólico.

Sobre la seguridad y la defensa ocurre algo similar. Mientras el gasto militar aumenta, y cada día se compran nuevos tipos de armas, la única justificación desde el punto de vista de la seguridad que emerge para una defensa tan cara es un posible conflicto con Marruecos (y/o con Libia, a quien algunos consideran la «frontera con la URSS» que tiene España y otros, más moderados, que temen el pacto fantasmal Libio-marroquí de 1984). En un momento que la disuasión y la seguridad están siendo cuestionadas, España entra de lleno, y con entusiasmo, en una Alianza donde reina la primera, y a participar en un orden militar internacional en el que hay de todo menos la segunda. La Comisión Independiente sobre Asuntos de Desarme y Seguridad, presidida por Olof Palme, por ejemplo, considera, que «todos los estados tienen derecho a la seguridad. A falta de una autoridad mundial con derecho y poder para supervisar las relaciones internacionales, los estados tienen que protegerse ellos mismos. A menos que muestren una restricción mutua y un aprecio adecuado de las realidades de la era nuclear, la búsqueda de la seguridad puede provocar una competencia intensificada y relacio-

nes políticas más tensas *con el resultado final de una disminución de la seguridad para todos los participantes*»⁴.

En España, la Defensa y la política exterior han estado definidas en los últimos cuarenta y seis años por tres cuestiones básicas: a) la presencia activa de un ejército vencedor en la guerra civil que fue la columna vertebral del régimen franquista y, por lo tanto, con funciones de control interior; b) la dependencia política y económica de los EE.UU a partir de los acuerdos de 1953, renovados sucesivamente hasta el último de 1982 (ratificado en 1983)⁵; c) el vínculo militar con EE.UU que se amplió progresivamente como relación con la OTAN a través de diferentes pasos que culminaron en 1982 con el ingreso de España en la Alianza Atlántica quedando este país, a partir de ese momento, totalmente —y doblemente— integrado en la llamada Defensa Occidental.

Este último factor —el ingreso en la OTAN— está produciendo un fenómeno de gran importancia e interés, sobre el que conviene detenerse brevemente. La adhesión a la Alianza que llevó a cabo la Unión de Centro Democrático, y la posterior aceptación entusiasta del PSOE, no sólo de la OTAN sino de todo aquello relacionado con una potenciación y reforzamiento de la Defensa (aumento del presupuesto para gasto militar, compra y co-fabricación de armas, exportación, gratificantes pensiones para los militares retirados, investigación y desarrollo, integración posible en la Unión Europea Occidental de Defensa⁶; negativa a firmar el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares; participación en el proyecto Eureka), ha entrado en contradicción con dos percepciones fuertemente arraigadas en una amplia capa de la sociedad española: que las fuerzas armadas y los EE.UU han desempeñado un papel regresivo en el avance democrático de este país. Víctor Alba enumera, desde la guerra del 98 hasta el general Alexander Haig —entonces secretario de Estado norteamericano— diciendo la noche del golpe de Estado (23-f) que era una cuestión de «política interior española», una larga lista de situaciones en las que, indefectiblemente, EE.UU estuvo del lado de la dictadura y la represión: supuesta neutralidad del gobierno de Franklin D. Roosevelt durante la guerra civil, pero entregándole gasolina a los nacionales; los acuerdos hispano-norteamericanos que le dieron oxígeno al régimen; la negativa de William Rogers y Henry Kissinger a entrevistarse con la oposición antifranquista; o el silencio absoluto del gobierno norteamericano ante los fusilamientos de octubre de 1975, mientras casi todos los gobiernos europeos retiraban sus embajadores y protestaban⁷.

⁴ Comisión Independiente sobre Asuntos del Desarme, *Seguridad Mundial*, Lasser Press, México, 1982.

⁵ BARBÉ E.: *España y la OTAN*, Laia, Barcelona, 1981. También ver: VIÑAS A.: *Los pactos secretos de Franco con los Estados Unidos*, Grijalbo, 1981.

⁶ AGUIRRE M.: España y la Unión Europea Occidental de Defensa, *El País*, Madrid, 31 de enero, 1985.

⁷ ALBA V.: «Spain's Entry Into NATO» en *NATO and the Mediterranean*, Ed. por Lawrence Kaplan, Robert Clawson y Raimondo Luraghi, Scholarly Resources, Delaware, 1985.

La OTAN reúne las condiciones para ser rechazada en la sociedad española: está liderada por los EE.UU y es una organización estrictamente militar —aunque se pretenda presentarla en los últimos tiempos en España como una Alianza de corte político-cultural— que acogerá y fortalecerá a las fuerzas armadas españolas sin, necesariamente, garantizar que éstas no vuelvan a intervenir en política interior: la OTAN ha convivido con las dictaduras griegas y portuguesas, y apoya actualmente sin reticencias a la turca. Si a todo esto se le suma que la Defensa aparece cada día como algo más caro y el gasto militar se ha quintuplicado desde que España ingresó en la OTAN, algo lógico porque no es lo mismo defenderse de un solo país (por ejemplo, Marruecos) que de una alianza con armas nucleares como el Pacto de Varsovia; y no es lo mismo tener un ejército adecuado a las propias necesidades defensivas, que adecuar las fuerzas armadas al nivel de las del resto de Europa, Canadá y EE.UU—, no resulta raro que más de la mitad de los ciudadanos, según las encuestas de opinión, estén contra la OTAN y la permanencia de España en la misma. O sea, que uno de los grandes eslabones para consolidar el proyecto político, económico y militar de la España actual carece de legitimidad social.

Ante esta falta de legitimidad, el gobierno y la derecha plantean que el anti-otanismo es un sector marginal, una deformación heredada del aislacionismo autárquico franquista (tesis Luis Solana) o un acto más de la «izquierda masoquista» e inconscientemente prosoviética que ve todos los males en EE.UU y no percibe el peligro soviético (tesis Paramio-Claudín). Una explicación intermedia es que el ciudadano anti-otan está bien intencionado y que es cierto que EE.UU no ha contribuido precisamente a la democracia, pero este ciudadano está «mal informado», porque la OTAN no es Washington sino París; a este señor o señora lo que les falta es información para comprender que ser europeos significa desde el IVA hasta la OTAN, pasando por la necesaria implantación de Disneylandia para la creación de puestos de trabajo. El PSOE, utilizando todos los argumentos —desde las supuestas ventajas tecnológicas hasta la llegada del Pato Donald— tiene sobre sus espaldas la carga de convencer a la opinión pública y cambiar su orientación. Una tarea poco sencilla para un partido que llegó al poder enarbolando la bandera anti-otan; pero una tarea a cumplir si se pretende consolidar un modelo de acumulación capitalista en tiempos de crisis que camine al ritmo de la «locomotora» de los EE.UU, con un papel intermedio en la división internacional del trabajo (algo que se aprecia con nitidez en la fabricación y venta de armas, por ejemplo: España compra material supersofisticado y complejo tecnológicamente a EE.UU y otros países, pero fabrica armas ligeras que se venden muy bien en el mercado internacional), y poniéndole frenos ya no sólo internos sino externos a cualquier proyecto de cambio estructural del sistema vigente.

El marco de la Alianza

Los argumentos de quienes se oponen a lo que podría denominarse *sección militar* del proyecto, y en particular con relación a la OTAN, son varios. Intentaremos aquí sintetizarlos y detenernos en algunos de ellos. Los principales son: a) estar en la OTAN es peligroso para la seguridad de España; b) la vinculación con la OTAN y los EE.UU. de forma dependiente, le resta posibilidades de actuación soberana, tanto en el plano de las decisiones internas como en política exterior; y, c) el proyecto actual de Defensa consolida y acrecienta el poder del sector militar, a la vez que potencia el complejo militar-industrial español, extrayendo recursos de la industria civil para transferirlos al proyecto de la Defensa, con perniciosas consecuencias económicas para el conjunto de la economía a largo plazo. Nos ocuparemos aquí, especialmente, del primer punto.

La peligrosidad de estar en la OTAN deriva de las doctrinas y armas que le dan vida a esta alianza. La OTAN fue creada con la pretensión formal de brindar seguridad mutua a los miembros del Tratado de Washington. El concepto de seguridad que animó a EE. UU. para crear la OTAN tenía una doble intencionalidad: dar cobertura a la implantación y consolidación de gobiernos moderados en Europa Occidental, lo que implicaba negar el acceso a los comunistas al poder o parcelas del poder del Estado, y controlar un avance hacia el Oeste de las tropas soviéticas⁸. No es ociosa la pregunta o duda sobre si, habiendo agitado durante casi cuarenta años el peligro del ataque soviético potencial, la OTAN no fue, en ese entonces, el marco militar del Plan Marshall y, hoy, no lo es de la Comunidad Europea. Las palabras del embajador norteamericano ante la OTAN, David Abshire, cuando dice «*la OTAN no es sólo estrategia en el campo militar, sino en el económico*». La política económica y militar pueden ir muy próximas» son sugerentes en este contexto. Para lograr el primer objetivo, los EE.UU. han contado con el empuje e intereses propios de los sectores dominantes económica y políticamente de la sociedad europea: desde los banqueros suizos hasta el generalísimo Franco, pasando por los coroneles griegos y la nueva burguesía alemana de posguerra. Ver que el resurgir capitalista de la Europa Occidental sólo es una obra teledirigida por EE.UU. sería un error, pero no reconocer que «*la Alianza*» —en el sentido amplio que le da Richard Barnet, como el territorio geográfico, político y económico en el que EE.UU. se erigió en líder después de la Segunda Guerra Mundial— fue diseñada a imagen y semejanza del modelo que EE.UU. necesitaba para su expansión sería, también, una falta de reconocimiento de la realidad, más allá de que a partir

⁸ BARNET R.: *The Alliance*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983.

de los años 70 surgieran contradicciones entre los aliados —tanto en el terreno económico como de concepción militar de la seguridad— que continúan todavía vigentes ⁹.

Pero si en, el terreno de la economía, la Alianza se construyó, fundamentalmente, en base a la economía de mercado y el anticomunismo, en la función que propagandísticamente se le dio a la OTAN —la defensa contra la URSS y, más tarde, contra el Pacto de Varsovia (creado en 1955)—, el pilar básico de actuación fue *la disuasión*. Desde la formulación de la represalia masiva, en los años 50, hasta la adopción de la doctrina del *Follow-on-Force-Attack* (Ataque a las Fuerzas Subsiguientes) adoptada por la OTAN en noviembre de 1984, la teoría de la disuasión propone que la URSS debe ser contenida mediante un arsenal diversificado, con estrategias y tácticas adaptadas a diferentes conflictos, que le brinden suficiente *credibilidad* a la disuasión occidental. La fórmula básica puede resumirse en que la URSS no atacará a Europa Occidental por temor a la represalia que puede sufrir, primero desde la misma Europa, y luego desde los EE.UU y los mares y océanos (por parte de los misiles nucleares instalados en submarinos). Esto implica contar con armas de *primer golpe* —para llegar hasta el límite de la disuasión, dejando entrever al potencial enemigo que se podrá lanzar una ofensiva concebida como la defensa más eficaz— y, otras, de *segundo golpe*, para utilizarlas como represalia luego de un hipotético primer *round* de intercambio.

La disuasión generó un gran optimismo en algunos teóricos que concibieron a dos potencias que se amenazaban con arsenales equiparados, no tanto en cantidad sino como en posibilidades destructivas; algo que conducía a la destrucción mutua asegurada (MAD) en caso de guerra. La paz, por lo tanto, era producida por el miedo a la guerra y la posesión de armas terribles para librarla. Pero la tecnología y las doctrinas militares han ido más rápido que las teorías y EE.UU está desarrollando armas aptas para dar primeros golpes que «decapiten» al adversario, o sea, que elimine las armas más los centros de mando, control, comunicación e inteligencia antes que el enemigo pueda disparar. Se calcula que la URSS, con retraso tecnológico frente a EE.UU., contará también con este nuevo tipo de armas. La doctrina del *Follow-on-Force-Attack*, que se plantea atacar dentro de la retaguardia del Pacto de Varsovia con «armas inteligentes»; los misiles de Crucero y Pershing II, con menor margen de error para acertar en un blanco, son algunos de los signos inquietantes de que se avanza en una dirección pe-

⁹ Ver, por ejemplo, KISSINGER H.: «Un plan de reorganización de la OTAN», *El País*, 11 de marzo, 1984; y la respuesta de Helmu Schmidt «Saving the Western Alliance», en *The New York Review of Books*, Nueva York, 31 de mayo, 1984. También el Editorial de *El País* «Presiones sobre Europa», 16 de enero, 1985, entre otros muchos ejemplos y textos.

ligrosa. El hecho es nuevo en el aspecto tecnológico, pero no en el de la intención militar. Donald Mackenzie afirma que «los planificadores norteamericanos de la guerra *siempre* han proyectado cómo *ganar* una guerra nuclear, si bien los medios para intentarlo han evolucionado considerablemente. *Nunca* renunciaron a practicar un primer golpe nuclear, preventivo, como forma de alcanzar ese objetivo, y planes elaborados siempre han existido y han estado preparados para ser implementados»¹⁰. La combinación de sofisticado armamento convencional con el nuclear abre las puertas a que la búsqueda de la *credibilidad máxima* conduzca a una *seguridad mínima* de que la guerra no sea posible. El general Bernard Rogers, comandante supremo de las fuerzas de la OTAN: «La OTAN debe esforzarse para alcanzar una situación en armas convencionales que constituya una disuasión creíble cara a una agresión convencional del Pacto de Varsovia, pero esto no implica que la Alianza deba mantener una política de “no usar la primera” armas nucleares.» Y añade: «El único factor verdaderamente importante para contener una agresión soviética será siempre ese abismo de incertidumbre sobre la disponibilidad de Occidente a cruzar el umbral nuclear, una decisión que nunca se adoptará a la ligera ni automáticamente.»¹¹

La realidad es que la disuasión, tal como es concebida por los EE.UU., implica la *superioridad* —especialmente cualitativa, por lo tanto, tecnológica— que no sólo disuada sino que logre, en último extremo, imponer los criterios políticos deseados. La guerra clásica no es, en definitiva, otra cosa. Los aliados de Europa Occidental tienen una percepción más matizada y, en cierta forma, cercana a la de la URSS: la disuasión debe ser el pilar sobre el cual se construya la distensión. El *equilibrio* por el cual claman los soviéticos cada vez que EE.UU. se lanza a una nueva aventura tecnológico-militar, como actualmente la Iniciativa de Defensa Estratégica, es el marco dentro del cual se puede convivir respetando el campo de acción de cada protagonista. Esto implica, por ejemplo, que la URSS mantenga su férreo control sobre la *zona de seguridad* (países del Este europeo y Afganistán) y que Europa Occidental pueda comerciar sin trabas con Europa del Este y la URSS (algo muy beneficioso para su economía y que ha sido boicoteado por EE.UU.)¹². Pero estos factores entran en contradicción con la política de los EE.UU. que, precisamente, se ha lanzado en los últimos seis años —desde fines de la presidencia de James Carter— a la recuperación del papel he-

¹⁰ MACKENZIE D.: «Nuclear War Planning and Strategies of Coercion», en *New Left Review*, n.º 148, noviembre/diciembre 1984. También «FOFA y Airland Battle: ¿convencionalización de la defensa europea? en *Tiempo de Paz* n.º 5 y 6, verano 1985; y Generales por la Paz y el Desarme. *La OTAN al descubierto*, Editorial Debate, Madrid, 1985.

¹¹ *El País*. Entrevista con el general Bernard Rogers. 14 de noviembre, 1982.

¹² GUNDER FRANK A.: *El desafío europeo*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1983, y HOLLOWAY D.: *The Soviet Union and The Arms Race*, Yale University Press, New Haven, 1983.

gemónico de EE.UU. en el mundo occidental; tanto en el «desarrollado» como en el llamado Tercer Mundo. El proyecto es global: renovación del papel líder de EE.UU., confrontación agresiva con la URSS, proyecto económico interno (en EE.UU) que se apoya en un relanzamiento de la industria bélica y nuevas tecnologías aplicadas a la misma, terminar con el control de armamentos (Arms Control) como forma de regulación del equilibrio del terror (en especial, y como primer paso, para poder seguir hacia adelante con el SDI que viola, por ejemplo, los acuerdos ABM *Antiballistic missiles*), control del Tercer Mundo para acceder a recursos, energía y mano de obra barata. En este proyecto, Europa vuelve —desde la concepción de EE.UU.— al pasado: el SDI es, para algunos políticos y analistas europeos, la red que intenta subordinar económicamente a una Europa que fue rompiendo parcialmente la dependencia.

Si España permanece en la OTAN, debe aceptar —ya lo hace— la estrategia nuclear que con claridad meridiana explica el general Rogers en la cita anterior. Y debe aceptar, también, ser aliada de los EE.UU. en el proyecto que ha iniciado la Administración Reagan, y no parece muy probable que cambie en los próximos años. Los ejemplos de esta aceptación son numerosos: desde los planes del Pentágono, revelados por el investigador William Arkin y publicados en febrero de 1985 por el *New York Times*, para instalar armas nucleares en España¹³, a la necesaria inhibición que España debe guardar en política exterior frente a crisis como la centroamericana. Cuando se revelaron los planes secretos para instalación de armas nucleares norteamericanas en España, Arkin declaró: «España está siendo tratada como un miembro más de la OTAN. Además, en este país hay unas bases americanas y esas bases están preparadas y diseñadas para recibir este tipo de armas.» Por otra parte, reconoció que España no podría negarse, como miembro de la OTAN, a recibir misiles nucleares en su territorio si los otros miembros de la Alianza lo pidieran¹⁴.

Esta unión a la «Defensa de Occidente» vía la estrategia nuclear de la OTAN, y vía los tratados con EE.UU. que le permiten a este último país contar con bases e instalaciones y facilidades en España, implican a España sumergirse en la confrontación Este-Oeste en pleno. La sitúan en la lista de blancos nucleares de la URSS (y también lo está si sale de la OTAN, pero continúa teniendo las bases de los EE.UU.), le crean nuevos enemigos que, por pura lógica, no deberían serlo de este país (a menos que España quiera representar un papel clave en la pugna entre el modelo capitalista occiden-

¹³ ARKIN W. y FIELDHOUSE R.: «España en la carrera de las armas nucleares», *Papeles para la Paz* n.º 5, Centro de Investigación para la Paz, Madrid, 1985.

¹⁴ *Diario 16*, entrevista a William Arkin.

tal y el llamado socialismo o comunismo soviético) y la obligan a ser solidaria con los otros aliados en caso de una crisis o confrontación nuclear en la cual, seguramente, poco habrá tenido que ver en su creación y nada en su resolución. La situación no es, de todas formas, nueva. España era un aliado de la Alianza de forma irregular desde 1953. Una vez planteado el problema es mejor, aunque su resolución sea más compleja, expresarlo en toda su dimensión política y militar: España está doblemente vinculada a la estrategia de los EE.UU. y la defensa occidental; y, en los dos casos, no obtiene ningún beneficio desde la perspectiva de la seguridad.

Su soberanía es ahora más limitada, la economía se verá afectada por un modelo que se basa, en gran medida, en la expansión de la industria bélica con efectos inflacionarios, de desempleo y de recorte al crecimiento económico, como está ampliamente comprobado con la experiencia de otros países¹⁵. En el campo militar y de la política internacional, se verá implicado este país en algunos de los conflictos de «baja intensidad» que los analistas prevén para las próximas dos décadas: guerras y acciones intervencionistas, por ejemplo, efectuadas por las Fuerzas de Despliegue Rápido de los EE.UU. Varios estudios señalan a España como un puente para el paso de esas fuerzas de intervención rápida y las bases y facilidades norteamericanas en este territorio como infraestructura de apoyo activo tanto para guerras convencionales como nucleares¹⁶.

Los beneficios de estar en la OTAN son evidentes en relación a un proyecto concreto y para unos sectores concretos de la sociedad. Absurdo sería que la burguesía española, aliada o dependiente de las inversiones norteamericanas y europeas occidentales, quisiera estar fuera de la OTAN. E increíble que las Fuerzas Armadas españolas, habiendo aceptado como misión combatir el comunismo, preservar las plazas coloniales de Ceuta y Melilla y mantener, en última instancia, el orden constitucional (con todo lo que ello pueda implicar y como se pueda entender), no quisieran estar en la OTAN porque esta Alianza es lo más coherente que existe con sus misiones, a la vez que las reivindica de su papel de oscuros ejércitos del franquismo. Sin embargo, para aquellos que sueñen con una España democrática, con una economía de mercado más justa que la actual y una política exterior activa

¹⁵ Entre los numerosos trabajos que pueden consultarse acerca de los efectos económicos de la carrera armamentista, ver: Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo (Comisión Brandt). *Diálogo Norte-Sur*. Editorial Nueva Imagen. México, 1981: Número especial de la revista *Desarrollo* (1982:2), editada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Fundación Banco Exterior de España. También, capítulo 6 de AGUIRRE M.: *De Hiroshima a los euromisiles*; ALBUQUERQUE F.: «Crisis económica y orden militar internacional», *Tiempo de Paz*, n.º 4, Madrid, 1984; y el documento de Naciones Unidas (Ref.: A/37/386, 2 de septiembre de 1983) titulado *Las consecuencias económicas y sociales de la carrera de armamentos y de los gastos militares*.

¹⁶ ARKIN y FIELDHOUSE, obra citada.

MARIANO AGUIRRE

en favor del desarme y la distensión; al igual que los que desean un cambio más radical de sistema político y económico, la permanencia de España en la OTAN, la profundización del sistema de Defensa actual y la dependencia económica, política y militar de los EE.UU., se transforman en un fuerte impedimento para sus objetivos.